

Michel Antochiw, *Historia cartográfica de la península de Yucatán*, México, Gobierno del Estado de Campeche-Grupo Tribasa, 1994. 308 p. Complemento: *Atlas de mapas antiguos de la península de Yucatán*.

A partir de un análisis de las tendencias cartográficas occidentales de varios siglos, Antochiw expone cómo la búsqueda de un paso de la Mar del Norte a la Mar del Sur animó las exploraciones que trazaron los litorales del Nuevo Mundo hasta delimitarlo como unidad geográfica integrada por provincias, regiones, islas y penínsulas. La amplia perspectiva de su trabajo le permite acercarnos a la identificación de Yucatán (isla y península) como parte de una expansión marcada en los mapas.

La obra se desarrolla en diecisiete capítulos y empieza con la cartografía anterior al “descubrimiento” en Europa (antigüedad greco-romana, geógrafos cristianos y árabes, viajeros medievales) y en la cultura maya de Yucatán. En seguida nos lleva a las interpretaciones cartográficas que después de los descubrimientos representaban al Nuevo Mundo como parte de Asia o como continente y en las cuales Yucatán figura como isla o península. A continuación considera los trabajos geográficos durante Felipe II; el desafío de Inglaterra a España, la amenaza de sus piratas y sus asentamientos en las costas caribeñas; las escuelas europeas de cartografía durante los siglos XVII y XVIII; las cartas hidrográficas españolas; la escuela campechana de cartógrafos y por último remata con una breve síntesis

de la producción cartográfica del siglo XIX.

Los argumentos de Antochiw van ilustrados con un despliegue cartográfico muy interesante, resultado de la recopilación de documentos de las bibliotecas de Madrid, Sevilla, París, México, Mérida, Londres y Texas. El manejo de las ilustraciones requirió su división en cinco rubros: 1) 196 figuras, las cuales son “mapas y planos que quedaron integrados al desarrollo del texto”. 2) 147 mapas, es decir, “planos que fueron reproducidos, por falta de espacio en el libro, en las hojas que resguarda la carpeta anexa” que lleva por título “Atlas de mapas antiguos de la Península de Yucatán”. 3) 35 láminas, “mapas que fueron reproducidos a todo color dentro de dos secciones especiales”. 4) 8 desplegados: “mapas reproducidos a todo color que, por su importancia y valor estético, fueron impresos en gran formato dentro de páginas especiales que se ‘despliegan’ a lo largo de todo el libro”. 5) 9 cuadros: “así se identifica a un reducido grupo de fragmentos de mapas y planos, que han sido incluidos en a l g u n o s de los capítulos para ilustrar estudios comparativos de distintos ejemplares cartográficos”.

El conjunto de las 395 ilustraciones son una selección rigurosa que muestra la ampliación de las fronteras del Nuevo Mundo a partir del esfuerzo hispano y de las incursiones de otras potencias, sobre todo Inglaterra. Además de los mapas más conocidos y representativos de las Indias Occidentales, el autor incluyó otros trabajos de escasa o nula divulgación, pero muy importantes para entender de manera más adecuada los avances colonizadores desde las costas hacia las tierras del interior. Él mismo nos señala al final de su obra que en la búsqueda de sus fuentes se encontró “con tal cantidad de mapas, cartas y planos manuscritos, no sólo de Yucatán —que fue el aspecto central de nuestro trabajo— sino de México y América Latina, que no pudimos más que indignarnos ante el olvido y el desprecio en que se encuentran”. La obra que comentamos se propone precisamente llamar la a t e n - ción sobre “el esfuerzo cartográfico del mundo hispano e hispanoamericano” para reivindicarlo y estimular estudios menos superficiales.

La historia cartográfica de Antochiw nos permite apreciar que la esferización del ecúmene y la conformación del globo terráqueo como unidad geográfica fue el resultado del trazo de los litorales de su cuarta parte. En este largo proceso, recordar la cartografía g r e c o l a - tina al acercarnos a la condición asiática o continental de América, y

a la insularidad o peninsularidad de Yucatán, es útil para contrastar aquello que esperaban encontrar los navegantes con lo que finalmente se topaban.

Los hombres medievales trataban de hallar en la tierra las señales indicadas por la Biblia y los relatos de viajeros; sin embargo, en vez de islas pobladas por mujeres, en vez de sirenas o ciudades de oro, hallaron una naturaleza tropical habitada por hombres. Los viajes demostraron que la verdad de los textos no correspondía a la verdad de la experiencia, lo cual contribuyó al desvanecimiento de las marcas sagradas como ordenadoras del espacio (Jerusalén en el centro y el paraíso terrenal en el oriente) y a la recuperación de las marcas cosmográficas de la antigüedad: el ecuador y los polos. En el Renacimiento la representación del espacio fue desarrollando una gran precisión matemática a pesar de que el bestiario medieval todavía pobló sus mapas. La correspondencia de las cartas geográficas con la realidad que refieren se medirá entonces con la escala, con la mayor o menor deformación de las áreas y con la precisión en el trazo de longitudes y latitudes. El problema de representar sobre una superficie plana la esfericidad del globo terráqueo empezó a resolverlo Ptolomeo, pero es hasta las proyecciones cartográficas de los atlas elaborados en la segunda mitad del siglo XVI cuando se disponen de representaciones adecuadas para la navegación y para el trazo de las formas continentales.

Todos los mapas de América hoy conocidos son posteriores a 1500. Antochiw nos dice que:

Para la fecha, los nuevos descubrimientos aportaban la idea de que existían tres masas de tierra en el Atlántico: una al norte, descubierta por portugueses e ingleses, que formaba parte de Asia; otra al sur, descubierta por Cabral, llamada Santa Cruz o Brasil y, entre ambas, varias islas descubiertas por Colón, siendo la más importante La Española (Dominicana). Las futuras exploraciones mostrarían que al poniente de estas islas existía tierra firme y que la costa era continua desde el norte hasta el sur.

Sin embargo, una serie de mapas ignoran las exploraciones y las cartas de la época, y “niegan la presencia de una tierra firme inmediata al poniente de las islas caribeñas ubicadas en medio del océano, a media distancia entre Europa y Asia”, e ilustran al lado de La Española a la isla de Zipango. Es el caso de los mapamundis de Mateo Giovani Contarini (Florencia, 1506) y de Bernardo Sylvanus (Venecia, 1511). También son parte de esta tendencia cartográfica el llamado globo de Lenox, el portulano de Pietro Coppo (Venecia,

1528) y un mapamundi atribuido a Leonardo da Vinci.

Otra línea de interpretación cartográfica, nos dice el autor, es la que representa al Nuevo Mundo como prolongación de Asia y tiene que ver con las exploraciones de Colón que creyó hallar el fin del Oriente y ver las señales que indicaban la vecindad del paraíso terrenal. Esta tradición empieza con los bocetos elaborados por Fernando Colón (1503-1506) y modificados por Alejandro Zorzi (1516-1522), y se prolonga a lo largo del siglo XVI hasta cuando se publican los primeros mapas que muestran al Nuevo Mundo como unidad geográfica separada de Asia. La asociación de los descubrimientos colombinos a la geografía asiática respondía a la necesidad de hallar una correspondencia entre la experiencia de los viajes y los relatos de Marco Polo. Así vemos en los mapas de esta tradición la toponimia asiática sobre el Nuevo Mundo hasta ubicar la Hispania Nova al lado de Catay.

Los “mapas de los navegantes” representan dos grandes masas de tierra, una al norte y otra al sur y entre ellas las islas del Caribe y la posibilidad de un paso transocénico. El primer ejemplo de este tipo, hasta donde se sabe el más antiguo de América, es el de Juan de la Cosa (1500). Sigue el planisferio de Cantino (1502) elaborado por portugueses y el cual influyó en la cartografía posterior; figura en él la línea que demarca las posesiones portuguesas y españolas de acuerdo con las concesiones papales. Otros ejemplos interesantes son el planisferio de Nicolás Caverio (1505) y el llamado mapa Oliveriano o de Pesaro (hecho entre 1505 y 1508). De acuerdo con Antochiw:

...este grupo (de mapas) no buscan actualizar las antiguas concepciones de la geografía de Ptolomeo o especular con hipótesis nacidas de la imaginación, sino que presentan los resultados de las observaciones realizadas durante los numerosos viajes de exploración y que, acumulándose con el tiempo, llegarían a determinar la forma y la posición exacta del Nuevo Mundo.

A partir de estas tres líneas de representación cartográfica esbozadas en los capítulos I y III, el autor analiza a continuación (capítulos del IV al VIII) el trazo de Yucatán al mismo tiempo que profundiza en cada modelo de representación de América y del Orbe. Los títulos de algunos capítulos son los siguientes y nos dan una idea de su tratamiento del asunto: “Acercándose al Golfo de México”, “¿Cuándo y quién descubrió Yucatán?”, “El descubrimiento oficial de Yucatán”, “El regreso a la peninsularidad” y “La peninsularidad en los mapas europeos”.

En la misma tradición de los cuatro mapas citados (La Cosa, Cantino, Caverio y Pesaro) se ubica la famosa carta de Waldeseemüller de 1507. Esta línea cartográfica representó la síntesis de exploraciones oficiales y clandestinas (particularmente portuguesas en dominio hispano) del primer cuarto del XVI. Fueron “compilaciones de mapas anteriores y de bocetos cuyo origen es desconocido” y ofrecían el nombre y los trazos más elaborados del Nuevo Mundo. El acercamiento al golfo de México en el trabajo de Waldeseemüller fue importante porque de él se dedujo después la insularidad de Yucatán:

...el golfo de México, al igual que las islas del Caribe, están situados demasiado al norte del trópico, cuya línea pasa por Yucatán. En el golfo mismo, dibujado con mucha aproximación, aparecen muchas islas sembradas al azar. Yucatán tiene la forma de dos cuñas triangulares clavadas en la tierra firme. Este hecho es importante ya que, años más tarde, el piloto Antón de Alaminos lograría convencer a todos de que la bahía de Chetumal se comunicaba con la de Términos y que, por lo tanto, Yucatán era una isla. Este piloto, que entre otras expediciones guió la de Grijalva, desvió la flota de éste hasta la bahía de Chetumal, buscando una comunicación rápida al golfo de México. Posiblemente algunos bocetos y los rumores que corrían entre la gente de mar sobre la existencia de dicho paso, debieron influir en la decisión de Alaminos.

Antochiw analiza posteriores representaciones en las que Yucatán aparece como península e isla. En todas ellas se ve la influencia de la “escuela lusitano-germana que empezó con Cantino y Caverio y encontró su máximo exponente en Waldeseemüller”. Sin embargo, los cartógrafos de esta escuela se repitieron demasiado y hasta se retractaron de sus trazos más avanzados. El autor compara a los mapas entre sí, los contrasta con las crónicas y discierne los hilos toponímicos, el espionaje geográfico y las informaciones clandestinas que escapan al control de las coronas de España y Portugal. De modo pues que el trazo de Yucatán estuvo elaborado antes de que Francisco Hernández de Córdoba recorriera su costa occidental en 1517 en una gran expedición que perseguía capturar indios, buscar oro y obtener los datos para elaborar mapas. “Fue durante este viaje cuando se puso a la península el nombre de Yucatán”. Sin embargo,

Todas las búsquedas para encontrar el antiguo nombre de Yucatán han sido estériles hasta ahora y pensamos que seguirán siéndolo. La idea de dar un nombre a la península es europea y no corresponde obligatoriamente a las ideas geográficas indígenas. Estos daban nombres a los reinos o caciazgos, por lo que una extensión de tierra tan grande como la península, debía tener topónimos para cada una de sus parcialidades y

de ninguna manera para el conjunto, cuyos límites no eran muy claros para ellos. Con este viaje se concretaba el descubrimiento oficial de la península de Yucatán, o sea, parte actual de la República Mexicana y de Belice.

El nombre de Yucatán contribuye en este caso a delimitar una entidad geográfica que antes no existía como tal en la representación del espacio indígena, a pesar de las opiniones que dicen lo contrario. En el capítulo II (“cartografía maya”) de su trabajo, Antochiw se pregunta si los mayas habrán tenido conciencia de la amplitud y unidad cultural de su territorio, una conciencia que se habría expresado en modelos cartográficos y también en un nombre para lo que los europeos llamaron península de Yucatán. La representación del espacio es una necesidad en todas las culturas tanto para fines prácticos de organización social como para la integración del plano terrestre al cosmos. Y más aún,

...hasta para el más insignificante campesino el territorio siempre ha sido una realidad palpable, ya que significa la supervivencia del individuo y del grupo y, por ende, la soberanía territorial es el punto de convergencia de todos los intereses, tanto individuales como colectivos. Así, los mayas, sujetos a esta ley como todos los demás grupos humanos, debieron llevar alguna forma de registro de los límites de sus territorios y posiblemente de su subdivisión interna.

Los fines prácticos de una estrategia territorial de sobrevivencia y dominio requirió pues la representación de caminos, ciudades, pueblos, montañas, ríos, etcétera. Al mismo tiempo, la demarcación de las “soberanías” territoriales estaba representada con un círculo. El “mapa” circular estaba orientado con el este hacia arriba: “El oriente indica el lugar donde nace el sol y es el principio de las cuentas calendáricas”, por lo que algunos autores establecen una relación entre la orientación de los mapas y las ruedas calendáricas. En este sentido, de acuerdo con Edmonson, “Yucatán se dividía en dieciocho provincias, número ritual de gran importancia, ya que correspondía a los *uinales* del *tun* o año de 365 días”, y Yucatán podría ser considerada entonces la “tierra ordenada”, *tzol petén* o “el país de las cuatro partes” en referencia a los cuatro puntos cardinales o *batabes*. Antochiw incluye en su historia cartográfica “pinturas” mayas que dibujan la obsesión por el centro representado, ya en la época colonial, por las iglesias de las cabeceras. Conforme se vayan descubriendo los mapas que guardan celosamente muchos pueblos podremos disponer de más elementos para valorar las escalas de los territorios representados y la

posibilidad de que en la percepción maya efectivamente hubiera existido Yucatán como entidad geográfica desde antes de la llegada de los españoles. Por lo pronto, su demarcación como isla o península y el nombre que se le da y que contribuye a identificarla, son el resultado del expansionismo europeo y sus representaciones cartográficas.

Antochiw sigue las variaciones en los mapas de Yucatán como isla y como península. Una vertiente cartográfica importante eran los mapas oficiales producidos por el Padrón Real de España a cargo de los mejores cartógrafos de la época. La información de los marinos era concentrada en el Padrón Real para elaborar mapas oficiales que no siempre coinciden con los elaborados en otras regiones de Europa a partir no sólo de la experiencia hispana y portuguesa sino también la de los navegantes de las coronas que desafiaron las disposiciones papales. En esta tradición de mapas oficiales, el que “marca el giro en el conocimiento” del golfo de México es el elaborado en 1517 por Alvarez de Pineda. Su característica es la precisión en el trazo del golfo y la peninsularidad de Yucatán a pesar de la existencia de mapas contemporáneos que la seguían presentando como una isla, por ejemplo en el de Cortés. Destacadas producciones en el Padrón Real fueron las de Ribeiro (1525-1532) en las que Yucatán termina siendo una isla después de varias representaciones en las que el contacto entre Yucatán y el continente se fue adelgazando hasta convertirse en un canal.

Otros mapas de importante divulgación fueron los elaborados a partir de los esfuerzos de España y Portugal por acordar, después de demostrada la esfericidad de la Tierra con el viaje de Magallanes, la línea limítrofe de los dos imperios en el hemisferio oriental. El mapa (1525) de Juan Vespucci hecho “para resolver este conflicto geopolítico” sugería la prolongación del meridiano del Tratado de Tordesillas. Diseñado para una disputa diplomática, evita proporcionar información confidencial y registra la leyenda “isla de Yucatán”.

Para esquematizar la prolija y circunstanciada información que proporciona Antochiw, podríamos decir que a partir de ambas producciones, la de Ribeiro y la de Vespucci, suceden dos procesos simultáneos: el gradual declive de la producción cartográfica peninsular debido al afán por no proporcionar en sus cartas información estratégica que podría ser utilizada por las potencias rivales y el ascenso de las cartografías de las otras potencias a partir, más que de la información proporcionada por España, de los viajes de sus navegantes que se atreven a desafiar las naves españolas y sus

p o s e s i o -

nes de ultramar. Los mapas tienen mayores precisiones de norte a sur; de este a oeste las distancias se corregirán hasta que se pudiera medir el tiempo con mayor exactitud. Asociado al afán por expresar en los mapas una correspondencia más exacta con las masas continentales estuvieron presentes manifestaciones míticas o imaginarias cuyo origen se remonta a épocas anteriores; destaca, por ejemplo, la representación de enormes continentes que encierran a los mares (en vez de paradigma medieval que suponía que la superficie inexplorada más allá del ecúmene era una inmensa extensión de agua). El globo terráqueo se divide en climas. También se dibujaron imaginarios pasos de la Mar del Norte a la Mar del Sur y al lado de los bosques y papagayos aparecen hombres caníbales o gigantes.

El dominio de puertos y playas estratégicas para avanzar a las tierras del interior y para establecer centros de intercambio comercial y aprovisionamiento de rutas de navegación fue uno de los primeros objetivos de la colonización. Así se fundan los pueblos de españoles (Mérida, Valladolid, Campeche, Bacalar y Tabasco) que trataron de ganarle terreno a la selva, a los indios rebeldes y a los piratas ingleses. Antochiw nos ofrece un detallado análisis de este proceso. En la cartografía que representa las áreas de dominio hispano e inglés están dibujadas líneas de defensa y ataque, murallas y fortificaciones.

En suma, la historia cartográfica de Antochiw nos permite acercarnos no solamente a la individualización de Yucatán y del Caribe y a la evolución de sus representaciones sino también al contraste de tradiciones europeas con la realidad del Nuevo Mundo.